



## La historia y sus diversas maternidades

**Sandra L. Jaramillo R.**

Co-directora e investigadora de la Corporación Estanislao Zuleta  
de Medellín. Correo electrónico: [sljarami@gmail.com](mailto:sljarami@gmail.com)

## Resumen

Aprovechando la gran controversia generada recientemente por la propuesta de una Clínica de la Mujer, resulta pertinente investigar sobre el concepto de la maternidad a lo largo de la historia, ya que dicha polémica ha estado cargada más de emociones y de fundamentalismos religiosos que de verdaderos argumentos, teniendo en cuenta que la maternidad no se trata de una determinación natural de las mujeres ni de un efecto instintivo, sino por el contrario del ejercicio libre de un deseo personal.

**Palabras Clave:** historia de la maternidad; familia; Clínica de la Mujer; instinto natural, feminismo.

## La historia y sus diversas maternidades\*

Para mi amorosa madre, de una hija afortunada.

*“El amor maternal es sólo un sentimiento humano.  
Y es, como todo sentimiento, incierto, frágil e imperfecto”.*  
Elisabeth Badinter

### I

Recientemente se ha dado en Medellín una gran controversia, pues la administración municipal, en el marco del cumplimiento del Plan de Desarrollo Local, ha querido poner en marcha la Clínica de la mujer, la cual, entre muchas otras cosas, atenderá la sentencia de la corte constitucional que permite la interrupción voluntaria del embarazo en tres casos: peligro de muerte de la madre, embarazo producto de una violación y peligro de malformación del feto. Durante los años 2009 y 2010 la prensa local y nacional se pronunció al respecto y organizaciones feministas han entrado en polémica con aquellas que desde principios religiosos defienden la vida biológica a ultranza. No obstante, ha sido llamativo observar que dicha polémica está más cargada de emociones que de argumentos y que priman los descalificativos antes que las explicaciones.

Medellín, una ciudad que en los últimos años le ha apostado fuertemente a la cultura, a la lectura, a la escritura, ha de prepararse para ser una ciudad más debatiente, una ciudad en la que las diferencias se empiecen a dirimir por los caminos simbólicos de la palabra, antes que por los caminos reales de la violencia física o verbal. Ello sería muy conveniente no sólo para lo atinente al tema de las mujeres sino para la cultura política nuestra en general, pues dice Estanislao Zuleta que la sociedad colombiana sería menos violenta si aprendiera a coexistir con los conflictos, tratándolos con las herramientas simbólicas de la palabra, antes que con las reales de la eliminación, efectiva o figurada, del otro.

Pero todo debate exige unas condiciones entre las cuales se cuenta la disposición de los debatientes a una escucha efectiva, lo que sólo es posible si se trata de personas que no se creen poseedoras de una verdad absoluta. Pero otras condiciones que exige un debate son las teóricas y para abordar el tema de la Clínica de la mujer bien valdría la pena considerar la idea de que la maternidad no es una determinación natural de las mujeres, ni un efecto de instintos naturales, sino la consecuencia del libre ejercicio de un deseo personal.

### II

La condición de madre es la definición privilegiada de la mujer a lo largo del tiempo, no obstante, dar un vistazo a la historia y percibir que a través de ella se dejan ver maneras muy disímiles de entender y vivir la maternidad, así como disímiles son las concepciones y prácticas que se han tenido sobre el amor, la infancia, la paternidad, el matrimonio y todos los asuntos propios de las relaciones humanas, nos permite matizar esa afirmación

---

\* Ponencia presentada en el Foro de la Clínica de la Mujer, celebrado en Medellín el 23 de febrero de 2011 en el auditorio del Paraninfo de la Universidad de Antioquia.

primera de que la mujer y la maternidad son indesligables. Ver a lo largo de la historia de la humanidad y, en particular, de la historia de las mujeres la diversidad y la plasticidad que adoptan las vidas concretas, nos evita asumir esa imprecisa idea de que las cosas han sido siempre como son en la actualidad, lo que de paso genera un efecto negativo y despolitizador: considerar lo actual como natural e impedir el sentido de la posibilidad, es decir, la visión de que las cosas pueden ser de otra manera y que son los actores sociales quienes pueden hacer realidad lo que aún no existe. Además, la historicidad de lo humano (tanto en lo que atañe a la historia social como a la historia subjetiva) y su subsecuente plasticidad, son una demostración fehaciente de que no se está determinado por lo biológico y, así, nociones como instinto, naturaleza humana o genes para el amor, para la sexualidad o para la bondad son totalmente impertinentes.

Considerar a las mujeres sujetos históricos es una conquista de la segunda mitad del siglo XX, pues antes de ese momento no se habían instaurado como agentes sociales protagonistas de la aventura humana. Hoy sabemos que la posición de las mujeres en la sociedad, así como sus hábitos y sus representaciones se han modificado en el devenir del tiempo respondiendo a cambios que se operan en las mentalidades, valga decir, en el conjunto de ideas comunes que tiene una época particular y que determina coordenadas dentro de las cuales se dan prácticas y costumbres diversas, aunque todas ellas en el espectro que permiten los paradigmas que una sociedad específica construye, siendo sólo seres excepcionalmente revolucionarios los capaces de ir más allá de esos paradigmas para valorar, pensar o actuar parcialmente de forma distinta a la que su tiempo impone. Vidas revolucionarias y muchas veces anónimas a las que les debemos, en buena medida, los cambios históricos que se van produciendo, y cambios que se dan de forma estructural, aunque en líneas de continuidad y discontinuidad de diversa longitud, es decir, la historicidad de las mujeres está interrelacionada con la de otros agentes sociales como los niños, los jóvenes, los ancianos, así como con la historicidad de las relaciones humanas o los sentimientos (el amor, la muerte, la familia, etc.) Pero en esa historicidad podemos encontrar aspectos en los cuales hay líneas de continuidad que vienen desde la Ilustración y se sostienen en el siglo XXI, de la misma manera que se presentan otros aspectos en los que se han producido claras discontinuidades en un momento dado.

### III

Tomando de la mano a Elisabeth Badinter,<sup>1</sup> la antropóloga francesa, nos permitiremos referenciar cuatro hitos históricos que muestran cambios que en relación a la maternidad se han dado, vale la pena aclarar que esto responde específicamente a la historia de Francia, pero puede ser muy esclarecedor para pensar la historicidad de la experiencia materna en general, además, estos u otros cambios podrían también percibirse en sociedades que, como en el caso de la nuestra, están referenciadas por la historia de Occidente, lo que no pretende olvidar que hay matices o datos específicos de cada una. Mostrar estos hitos nos permitirá ver que la maternidad responde a sentimientos o deseos o intereses, más no a instintos naturales que biológicamente dispongan a las mujeres para ello, pues el cuerpo es una condición para la maternidad (verdad que la ciencia empieza a desafiar) pero no una explicación causal para la misma.

---

<sup>1</sup> Badinter, Elisabeth (1981). *¿Existe el amor maternal?* Editorial Paidós. Barcelona.

Démosle la palabra a nuestra autora para volver a los hitos históricos anunciados:

“Si tuviéramos que trazar la curva del amor maternal de cuatro siglos a esta parte tendríamos una sinuosidad con puntos fuertes antes del siglo XVII y en los siglos XIX y XX, y puntos débiles en los siglos XVII y XVIII. Es probable que a partir de 1960 hubiera que volver a curvar la línea hacia abajo, señalando cierto reflujó del sentimiento maternal clásico, y hacer aparecer simultáneamente el comienzo de una línea nueva: el amor del padre.”<sup>2</sup>

Tres protagonistas tiene la historia de la maternidad: el hijo, el padre y la madre, incluso podemos hablar en algún momento de un nuevo protagonismo: el de la mujer. Según la sociedad entienda unos y otros procederá la madre, pues ella no es más que otro sujeto histórico que actuará y sentirá en la dirección que la sociedad le trace, aun cuando se trata de una criatura que ha salido de su propio vientre.

La muy reciente historia de las mujeres nos ha dejado ver con un poco más de detalle la antigüedad y, sobre todo, la situación que vivían las mujeres de esas dos sociedades capitales de Occidente: Grecia y Roma. Algunos hablan del no-lugar para ellas, otros resaltan la no-palabra suya, coincidiendo ambos en la negación, es decir, la mujer de la antigüedad está negada. No es más que un vientre que se refugia en el gineceo durante el día y que sólo podrá departir con otros vientres. Un vientre sin alma que trae criaturas al mundo sobre las cuales ejerce el hombre una paternidad, en caso de que a discreción así lo decida, y sólo en el caso de darse dicha paternidad, ella tendrá que ocuparse de los cuidados materiales y nutricios, mientras es él quien decide sobre la educación que el nuevo ser recibirá. Así pues, desde la antigüedad hasta los albores de la Ilustración la historia ilumina uno de los protagonistas: el padre, y ello porque representa el valor supremo de la autoridad o, como diríamos hoy, del autoritarismo, valor encarnado exclusivamente por él, quien es el representante del monarca al interior del hogar. Badinter dice que hasta el siglo XVII encontraremos un punto alto en el sentimiento materno, pero tal vez la atención que esas madres de la Antigüedad deparaban a sus hijos era producto del miedo, de la sumisión y de la inercia que implicaba no poder representarse otras posibilidades de ser.

Pero “durante dos siglos, la conducta de las madres osciló a menudo entre la indiferencia y el rechazo”<sup>3</sup>. Fueron los siglos XVII y XVIII, y aunque esa distancia que empezaron a evidenciar las madres para con los hijos era diferencial según el estrato social al que pertenecía la mujer, es visible una tendencia general cuya primera expresión estuvo en la entrega, cada vez más difundida, de los hijos a las nodrizas para que fueran ellas quienes les dieran el pecho y les prodigarán los cuidados que requerían en los primeros años. Las aristócratas o las nuevas burguesas acudían a nodrizas sofisticadas que en algunos casos cohabitaban con ellas, mientras que las esposas de comerciantes y hasta las campesinas se servían de nodrizas enclenques y pobres que en muchos casos vivían en parajes lejanos. Era frecuente que la entrega de los bebés se hiciera inmediatamente después del parto y en una gran cantidad de casos los niños no regresaban a los brazos de sus madres, pues los cuidados eran tan precarios que la mortalidad infantil alcanzaba altísimas proporciones:

---

<sup>2</sup> Ibid.

<sup>3</sup> Ibid.

“1780: El lugarteniente de policía Lenoir constata no sin amargura que sobre los veintiún mil niños que nacen por año en París apenas mil son criados por sus madres. Otros mil, privilegiados, son amamantados por nodrizas en la casa paterna. Todos los demás pasan del seno materno al domicilio más o menos lejano de una nodriza a sueldo. Son muchos los niños que morirán sin haber conocido nunca la mirada de su madre. Quienes regresen unos años más tarde a la casa familiar descubrirán a una extraña: la que los dio a luz.”<sup>4</sup>

Razones para explicar esta práctica abundan: lo económico, lo psicológico, lo social, pero también los hechos dejan ver pocas intenciones de las madres, y de los padres, para dedicar tiempo, esfuerzo, amor y sacrificio a sus crías. Pero era imposible que las madres de la Francia del XVII pudieran tener una relación cercana, cálida y cargada de sentimientos de ternura para con sus hijos, porque la concepción que de los niños se tenía era muy distinta a la actual. Los niños del siglo XVII no eran ni el centro de la familia, ni el centro de la sociedad y hasta se podría pensar que se estaba más preparado para su muerte, por los altos índices de mortalidad, que para su vida. Se trataba del niño malo, del niño que suscitaba miedo, del niño estorbo, del niño juguete o, como pasaba con las mujeres de la Antigüedad, del niño *nada*.

Así pues, no es inculpar a una u otra mujer por el pálido sentimiento materno, sino considerar que eran las lógicas imperantes en la sociedad de la que hacían parte y, como a todos nos pasa, es imposible pensar, actuar y valorar por fuera de los contornos que la mentalidad de una época depara: “*en el ideal mundano de la época nada es menos distinguido que demostrar menos amor por los hijos*”<sup>5</sup>. Además, las prácticas desprendidas de las madres para con sus hijos eran secundadas por los padres y por la sociedad, por ejemplo, no emergían reproches de los vecinos hacia una madre que contrataba una nodriza, más bien era esto visto por todos como una práctica normal, como normal se veían la práctica que hoy nos parece maltratadora e inhibidora del desarrollo físico de los pequeños: fajar a los niños, no obstante, nodrizas y madres la consideraron durante mucho tiempo una práctica apropiada para su salud y, de paso, les dejaba liberadas de la permanente atención del crío y les permitía ocuparse del trabajo; la faja fue un símbolo de opresión para el hijo y de libertad para la madre.

Prácticas, sentires y relaciones que sólo pueden entenderse si se consideran inmersas en la mentalidad de una sociedad específica. Lo que no impide ver que muchas de esas muertes tempranas pudieron evitarse con cuidados y atenciones esmeradas, y en esto justifican algunos autores llamar infanticidios esas prácticas de abandono de los niños. Tal vez algunas mujeres se veían obligadas a entregar a sus hijos al cuidado de nodrizas porque a ello les obligaba la pobreza, otras lloraban la muerte de los hijos y había quienes pudieran justificarse por su ignorancia, pero el hecho de que esto ocurriera con familias acomodadas habla de la baja importancia que para madres y padres tenían los hijos.

El desarrollo de las ciudades y las ofertas y posibilidades que ellas empezaron a deparar a las mujeres: cultura, sociabilidad, educación, ocio, entretenimiento, mundanidad, incidieron en estos cambios, pues las que habitaban la ciudad empezaron a sentirse más atraídas por

---

<sup>4</sup> Ibid.

<sup>5</sup> Ibid.

dichas ofertas que por las labores maternas que desempeñaban, así, algunas familias empezaron a verse afectadas. No tan rápido se produjeron cambios en las madres campesinas, pues aunque tampoco en ellas el hijo tenía un lugar privilegiado, no contaban con las condiciones materiales y culturales que las pusieran en dinámicas alternativas. En los salones (esos espacios residenciales de algunas aristócratas o burguesas en los que regularmente se llevaban a cabo encuentros sociales donde tenía lugar la música, la crítica literaria, las discusiones filosóficas y políticas, espacios a los que solían acudir personas del mundo intelectual y artístico que fueron posibilidad para que algunas mujeres accedieran a discursos diversos) encontramos buenos ejemplos de mujeres que se empezaban a desprender de sus “deberes” familiares y dotaban su vida de cotidianidades y sentidos diferentes, algunas de ellas llegaron a concretar un trabajo intelectual con el apoyo de filósofos cercanos, otras se quedaron en la frivolidad, riesgo que tiene el conocimiento cuando no se pone al servicio de una práctica (acción, escritura, magisterio).

No obstante, los hurras a esta emancipación deben sosearse hasta considerar la otra cara de la moneda, pues la espontaneidad de las prácticas culturales de las mujeres del Siglo XVII no había dejado tiempo para ofrecer aún maternidades alternativas y los cambios que despuntaron pasaron cuenta a los hijos abandonados a su suerte, muchos simplemente morían y quienes se “criaban” miraban con desconcierto la soledad a la que debían enfrentarse. Henry James nos presenta en su cuento “La madre” uno de esos vástagos de madre indolente.

Pero nuevos cambios se verán a finales del Siglo XVIII, cambios fuertes de mentalidad que se observan ya en el lugarteniente Lenoir recientemente citado, pues algo había empezado a cambiar si él podía sentir amargura por los altos índices de mortalidad infantil. Ese proceso sutil a través del cual se va transmutando la atmosfera ideológica de una sociedad, es efecto de prácticas y discursos que empiezan a penetrar muy diversos campos de la cotidianidad y que no son orientados por nadie en particular sino efecto de ideas fuerza que se generan, muchas veces en voces anónimas, y que consiguen resonancias que las amplían y las fortalecen. Badinter le da un lugar determinante en estos cambios a los peligros demográficos que implicaba la alta mortalidad infantil del Siglo XVII, pues el capitalismo emergente requería una robusta población que sirviera de fuerza de trabajo, lo que además fue coherente con el humanismo ilustrado y la sensibilidad que sobre la existencia de hombres y mujeres concretos empezó a tejerse.

Ahora, revertir la mortalidad infantil sólo era posible si las madres regresaban al hogar y se ocupaban de atender directamente a sus hijos, dándoles la leche materna, cuidándoles del frío, del hambre y de la enfermedad. Pero para entonces muchas mujeres alcanzaban satisfactorias realizaciones en sus aventuras callejeras y aquellos discursos que buscaban recuperar las madres tuvieron que aplicar ingentes esfuerzos, entre ellos estuvo el de Rousseau, quien en tono de objetividad acudió a demostrar la necesidad mutua del vínculo madre-hijo, ella para liberar sus pechos de la leche que le produce dolor, él para sobrevivir; además de prometer a las buenas madres la fidelidad de sus maridos y el amor de sus hijos. Hubo discursos de todo tipo, unos invitaban a un retorno a la naturaleza, otros hacían promesas de felicidad y otros, más desesperados, optaron por proferir amenazas. Fue toda una cruzada contra el desorden y el goce. “*Imperceptiblemente Eva cede*

*su puesto a María. La curiosa, la ambiciosa, la audaz, se metamorfosea en una criatura modesta y razonable, cuyas ambiciones ya no desbordan los límites del hogar*".<sup>6</sup>

Impedir la mortalidad infantil implicaba también una nueva valoración del niño, llegando a convertirse en promesa, soberano, centro de la familia, es decir, si el protagonista de la Antigüedad fue el padre, en el siglo XVIII la luz de la historia iluminó al hijo, a partir de entonces los cariños y ternuras en la familia estuvieron permitidos y fueron promovidos. La mujer devino madre por un deber que le profería la sociedad y se abrió paso el siglo en el que ella sería proclamada como reina, como ama (...) del hogar. Mujer-madre, mujer-María, mujer-referente moral. La corona la devolvió a la casa, tal vez su narcisismo de fémina la traicionó y pagó con su propia libertad. Empero, esta reina necesitaba un edecán y eso lo suplió el padre que vino a completar la "armónica" familia nuclear. El Siglo XIX ordenó claramente el mundo: su majestad el niño en el centro, el padre en la calle, bien sea realizando su vida en diversas dimensiones, bien sea condenado a un trabajo enajenador cuyo único beneficio era el de permitirle ser proveedor, y ella, la madre, en el hogar tomando las más inmanentes decisiones caseras. Un orden clarísimo que favorecía la avanzada del capitalismo, pues la reina del hogar exigía al padre de familia cumplir con preceptos morales que lo disciplinaban y lo concentraban de lleno en el trabajo, impidiendo que en la calle se perdiera en azarosos caminos que le desordenaran la disciplina laboral: "*la dulce vida conyugal es un mito burgués*".<sup>7</sup>

La maravilla de la historia no sólo es que nos permita reconocer la plasticidad humana sino también que nos ayuda a entender que ninguna época ha logrado hacerse al sistema de valores ideal, pues el ser humano es una criatura muy imperfecta. Así que estaremos lejos de visiones teleológicas de la historia que crean que avanzamos de la indolencia de las mujeres de los salones a la maravillosa maternidad del ama de casa si consideramos que las mujeres del Siglo XIX no lograban convencerse plenamente de que en su función de madres estaría la felicidad completa.

La historia reciente de las mujeres y, sobre todo, la emergencia del feminismo han conducido a que desde la segunda mitad del siglo XX hasta el presente la maternidad haya encontrado nuevamente una curva en caída. Otra vez la calle fue un polo de atracción para las mujeres, pero esta vez no sólo salieron para gozar de sus ofertas sociales y culturales, también salieron para ejercer una función pública, para organizarse, para devenir en sector social y para modificar radicalmente la sociedad. Estanislao Zuleta llama nuestra atención al decirnos que hay revoluciones que ocurren en un día y pueden recordarse a través de una fecha precisa, pero que también hay revoluciones que ocurren imperceptiblemente a lo largo de muchos años. Esas son las más fuertes, esas son las revoluciones de las costumbres, de las mentalidades. A este último tipo de revolución pertenece la de las mujeres y el hondo cuestionamiento de la cotidianidad, del poder, de la democracia que implicó.

De esta manera entra nuestra última protagonista: la mujer, la mujer a secas, ese ser tan indeterminado como cualquier sujeto moderno que ya no cuenta con un Dios que le

---

<sup>6</sup> Ibid.

<sup>7</sup> Ibid.

defina su destino y su moral, la mujer que ya no se sabe quién será y para quien el destino de madre no es imperativo.

Esta nueva mujer es la que por primera vez en la historia humana encarna una maternidad por deseo, ya no será madre por miedo, ni por deber moral, ahora lo será sólo cuando ella desee y cuantas veces lo desee; y será el deseo el que nos garantice la permanencia de la humanidad, pues aunque haya cada vez más sociedades que propicien múltiples realizaciones a las mujeres dosificando su deseo entre objetos diversos, la maternidad sigue siendo atractiva para ellas porque es una de las vías para dar a luz una obra creativa que les permita permanecer en el mundo más allá de sí y eleve el narcisismo de quienes han sido capaces de dejarle un buen hijo o hija al mundo.